

EL LUGAR DE LA EDUCACIÓN EN LA ARGENTINA DE LA PRIMERA REPÚBLICA

DARÍO MACOR

Texto originalmente publicado como Introducción del libro *Pablo Villaud. Líder de la juventud*, de Celestino Lanteri, Centro de Publicaciones de la UNL, Santa Fe, 1995.

A ningún observador de la Argentina de 1910 podía escapársele la imponente transformación social vivida en las últimas décadas, en la que todos los elementos materiales que daban sentido a la vieja Argentina criolla parecían «disolverse en el aire» frente al arrollador avance del proceso de modernización capitalista. Más aún si ese observador contaba con la edad suficiente como para recordar a aquella Argentina, de veinte o treinta años atrás, desde sus experiencias juveniles ahora embellecidas por la nostalgia. La experiencia personal, ordenada por la memoria, venía así a confirmar y a reafirmar la densidad de una transformación de la que la Historia daría cuenta desde registros menos íntimos y también, si se quiere, menos arbitrarios.

Uno de los efectos catárticos de la conmemoración del centenario de la revolución de mayo, fue la puesta en cuestión, en el seno de la misma élite dirigente, del régimen político oligárquico que había permitido a lo largo de la travesía de la modernización mantener el control del Estado en las manos de esa elite. La pregunta por la legitimidad del régimen político que abrió las puertas al autorreformismo, revivía el contrapunto sostenido por Alberdi y Sarmiento hacía más de medio siglo: el problema de la ciudadanía civil y política, el lugar del conocimiento y de la élite letrada.

Tras décadas de sostenido crecimiento económico que habían modelado esa nueva sociedad en la que costaba reconocer a la Argentina interpelada por Sarmiento y Alberdi, las previsiones alberdianas de depositar el peso de la modernización en la ciudadanía civil podían verse satisfechas. Sin embargo, la pregunta del centenario indaga por la legitimidad política; por saber, en fin, si de veras es factible que la *república posible*, que descansaba en la laboriosidad del habitante, diera paso a la *república verdadera*, en busca de la virtud ciudadana que había desvelado a Sarmiento.

La respuesta a esta pregunta del centenario es conocida. El autorreformismo logrará plasmar la reforma electoral e iniciar con ella el proceso de ampliación del sistema político que, contradiciendo las previsiones de los diseñadores, no significará la incorporación progresiva del radicalismo como minoría opositora sino, por el contrario, la constitución de una nueva mayoría electoral que se revelará imposible de derrotar electoralmente. Los 14 años de reinado radical que se inician entonces, son un rico laboratorio que condensa los problemas propios del ingreso de la Argentina a la política de masas de la mano de la democracia electoral; de la ampliación de la ciudadanía civil, asegurada en el modelo albertiano, a la ciudadanía política, que se promovía compulsivamente con la obligatoriedad del sufragio, para renovar los dispositivos de legitimidad de la dominación política y social.

Desde la torre del Estado esta primera experiencia de democratización electoral y política tiene un resultado no menos conocido: 1930 inaugurará una nueva etapa en la política argentina con la irrupción de la burocracia militar, no dispuesta desde entonces a matizar su protagonismo político. En esta clave, la fisura más profunda que esta fecha encierra, es la que separa a la Argentina que nacía con ella de esa tradición republicana en cuyo nombre se había construido el edificio estatal y que encontró su epílogo en la experiencia radical.

Pero el proceso de democratización no se agota en el Estado. Por el contrario, remite a una sociedad expansiva, abierta y móvil y a la producción simbólica con la que esa sociedad se da sentido a sí misma. Si la fisura del treinta es imposible de ignorar, es porque ella encierra más de un signo del deterioro de esa Argentina de la primera república. Los dorados años veinte no son sólo el epílogo de esa tradición republicana que fracasa en el intento de avanzar en la democratización política; son también la meseta final para el modelo de desarrollo sobre el que se había asentado el espectacular crecimiento de la economía. A partir de entonces, y salvo breves coyunturas, en el mercado mundial no volverán a reproducirse las condiciones que habían favorecido el crecimiento tan espectacular de la economía argentina.

Sin embargo, uno de los signos que constituían el sentido de esa primera república es menos permeable al impacto de la crisis del treinta. La operación educativa (la fuerte intervención del Estado en la educación), que acompañó paso a paso el crecimiento económico y el proceso de ampliación de la ciudadanía, tiene, por su misma naturaleza, resultados menos inmediatos y, por las mismas razones, a la vez, capaces de sobrevivir aun cuando las bases económicas y políticas que las generaron hayan cambiado notablemente.

El proceso de invención de la Argentina y de los argentinos, que encuentra un cauce definido en las décadas finales del siglo pasado, tiene uno de sus pactos fundantes en la educación; en la construcción de un lugar para la educación, lo suficientemente significativo como para impactar en los rostros heterogéneos de una sociedad más comprometida con el futuro que con el pasado.

En un primer momento, bajo los imperativos de construir una Argentina nada cierta todavía, el lugar educativo se precisa en los colegios nacionales que debían formar los recursos humanos demandados por las necesidades de un Estado central en formación. Pocos años después, el impulso a la alfabetización masiva (de la mano del Congreso Pedagógico Nacional y de la ley 1420) se adelanta a los problemas del cosmopolitismo y la extrema heterogeneidad de una sociedad de mezcla que se modernizaba aluvionalmente con la incorporación progresiva de inmigrantes transoceánicos.

Cuando la Argentina y los argentinos habían ganado ya las certidumbres sobre sí mismos como para dejar de ser un interrogante al que enfrentar, la pregunta se afirmó por la sociedad; por el tipo de organización societal que daría un sentido u otro a la Argentina y a los argentinos. Las manifestaciones más evidentes de este momento pueden encontrarse en la movilización social y política que caracterizó la primera década del siglo XX y que alcanzó a las Universidades donde se procesaban los saberes de la élite dirigente. Desde los primeros años del siglo, hasta que la Reforma Universitaria sea una realidad en la Córdoba de 1918, la discusión de la Universidad legada completa el círculo de constitución de ese lugar significativo para la educación.

En ese *in crescendo* educativo, iniciado a mediados del siglo pasado y que se completa con el reformismo universitario del 18, lo escrito, el universo de lo letrado, se transforma hasta alcanzar la centralidad de la cultura, ese núcleo donde se le da sentido a las cosas y a los hombres. Es la república letrada de la utopía sarmientina: esa república de hombres libres propietarios de una cuota de saber suficiente para enfrentar con inteligencia los dilemas de la vida pública. La escuela pública –el colegio, la universidad– es el ámbito social por excelencia de este proceso, ocupando un lugar privilegiado en el conjunto de la sociedad en tanto en ella se procesan saberes de utilidad social evidente. Su característica pública está en la naturaleza diferenciada de otros lugares, como la familia y la iglesia, que habían tenido un rol de primer orden en la transmisión cultural.

La decidida intervención del Estado en este ambicioso proyecto educativo no sólo fue capaz de dar un sentido colectivo a una sociedad de mezcla, sino que a la postre se reveló como la impronta más duradera y distintiva del país. La educación com-

pletaba así el rostro de una Argentina fuertemente expansiva y socialmente incluyente, que encontraba su mayor fuente de legitimidad en los niveles de movilidad social, lo suficientemente pronunciados como para que la mayoría pensara que estaba en sus posibilidades ciertas, y en la que el rol de la educación como canal de ascenso social no era nada despreciable. Paralelamente, aunque de manera más mediada, la educación cumplía un rol no menos trascendente: dotar a la sociedad de los elementos necesarios para enriquecer la capacidad de mirarse a sí misma, de atrever a pensarse desde un lugar que gracias a la teoría podía escapar de las cárceles de la experiencia.

Desde esta mirada, pueden volverse más comprensibles los signos cifrados de esos años en los que el saber ganaba importancia para la producción y la reproducción de la sociedad. En una Argentina que ha construido un lugar tan significativo para la educación, no debe sorprendernos que éste sea uno de los territorios que sobresalen en la disputa por definir el sentido y la dirección de la sociedad. Hay entonces, en todo el período de la primera república, una fuerte disputa por la propiedad del saber, por definir sus fronteras y sus sentidos, por el control de su producción, y por las relaciones posibles entre el saber, la sociedad y el poder.

El éxito de los estudiantes reformistas al enfrentar en la Universidad la «última dominación monástica», no sólo apresurará un cambio demorado en las aulas de las instituciones superiores, sino que instalará como un valor virtuoso a la juventud (el juvenilismo), que en nuestro país caminará asociada al saber, más aún de lo que, quienes hablan en su nombre, estén dispuestos a reconocer. Juventud (una referencia generacional en clave orteguiana) que tiene su parte como actor colectivo en el ámbito universitario, centro productor por excelencia de la legitimidad del saber. Su parentesco con el intelectual (una categoría profesional) está entonces en los orígenes, que los asocia en esa relación común con el saber. Pero existen otros elementos que potencian esta asociación en los años veinte. Ambos actores potenciales, jóvenes e intelectuales, están excepcionalmente bien situados para hablar en nombre de un interés universal capaz de superar la mezquindad de los intereses particulares. Los intelectuales porque su único compromiso es con el saber, los jóvenes porque carecen, por su misma juventud, de ataduras con los intereses creados. Ambos buscan su identidad en la interpelación a una sociedad ganada por el «hombre mediocre», que José Ingenieros desnudará con esa imagen consagrada. Ambos carecen de compromisos con esa sociedad «mediocre», y juntos nuclea los dos elementos necesarios para rehacerla: la voluntad (y los ideales que la sostienen) y el saber (y los ideales que le dan un sentido).

Este entrelazamiento entre el juvenilismo y el saber impulsado por el reformismo universitario, establece una nueva frontera en el proceso de socialización del saber que José Ingenieros representó como pocos, y que profundiza la brecha con el elitismo intelectual propio del centenario. «... la verdad pasa a ser comprendida cual un bien colectivo y abandona así el cerrado receptáculo de las minorías»¹.

Si quisiéramos fijar un punto de partida para este proceso de resocialización del saber que lo carga de una significación política inmediata, tendríamos que señalar a los dos acontecimientos cuyas dimensiones justifican ver en ellos el parteaguas con el siglo XIX: la Gran Guerra («El suicidio de los bárbaros») y la Revolución Soviética, que terminan de sepultar las certidumbres con las que se habían edificado los Estados nacionales en Europa y América.

Un clima de época que sintetizaba internacionalmente el grupo *Claridad*, «la internacional del pensamiento». Fundado en París en 1919, el grupo reunía a intelectuales de diversas partes del mundo, que compartían su rechazo a la Guerra y, al menos en un primer momento, su simpatía a la revolución soviética. «Voces extrañas –dice Aníbal Ponce– nos llegaron de pronto: Rolland, Barbusse, Russell. Con la palabra empañada de la emoción, los precursores nos revelan todo el horror de la mentira inicua: nada de guerra por el derecho, nada de guerra por la justicia. Mercaderes de un lado, mercaderes del otro; hierro y carbón, hulla y petróleo»².

El texto de Ponce, tan familiar a los de Ingenieros como a los discursos con los que los estudiantes reformistas cordobeses tomaron la palabra, nos remite a otro punto de partida, fronteras para adentro de Argentina y América Latina. Si el *Ariel* de Rodó logró tanta penetración en aquellas primeras décadas del siglo, es porque lograba capturar con su impugnación moral al materialismo de la modernización, imágenes de peso en el universo intelectual más allá de su Uruguay natal. Imágenes que en la Argentina encontraban profundas raíces en la crítica moralista antimaterialista que desde 1890 buscaba un lugar en la política nacional.

Este clima de época encontraría su lugar de realización en La Reforma Universitaria de 1918. La pugna por participar en las estructuras de la educación superior, incluía la impugnación moral a la generación precedente que Deodoro Roca veía adoctrinada «en el ansia poco escrupulosa de la riqueza, en la codicia miope, en la

¹ Oscar Terán, *José Ingenieros: pensar la nación*, Alianza editorial, Buenos Aires, 1986, p. 92.

² Aníbal Ponce, «El año mil novecientos dieciocho y América Latina», en: *Obras Completas*, Cartago, Buenos Aires, 1974; citado en: Oscar Terán, *op. cit.*, p. 95.

superficialidad cargada de hombros, en la vulgaridad plebeya, en el desdén por la obra desinteresada, en las direcciones del agropecuarismo cerrado o de la burocracia apacible y mediocratizante»³. Juventud e intelectuales, voluntad y saber encontrarán entonces una huella que se potencia por ese lugar tan relevante de la educación. La condición de estudiante universitario se construía precisamente en el entrecruzamiento de lo generacional con lo profesional. Lugar digno para demorarse en él si de ahí podía reinventarse el mundo; lugar protegido para resguardarse de los riesgos que acechan en la mediocridad de la mundanidad burguesa, como lo señala Pablo Vrillaud, en 1925, dando cuenta de sus certidumbres y sus temores:

«Coincidimos casi todos los compañeros en que el pasado trabaja por desenterrar a los muertos, con un esfuerzo desesperado, pero no olvidemos tampoco que alguien ha dicho que «es imposible detener el carro de la evolución y que el osado que se empeñe perecerá bajo sus ruedas». Estamos listos para dar la batalla decisiva entre dos épocas, entre dos temperamentos, entre dos actitudes. Una ley histórica nos acompaña y el pueblo, que en última instancia resuelve estos asuntos, estará con nosotros. Vivimos en el país de las posibilidades, pero no de las «fossilidades». Solamente en este equívoco se podría concebir la derrota de nuestra causa.

Temo que el título me convierta en un pacífico burgués; me haga olvidar los ideales mozos y termine por afiliarme a la práctica filosofía del almacenero de la esquina»⁴.

En esos años veinte en los que la Argentina expansiva, abierta y móvil era aún una realidad que pocos se atrevían a ver amenazada, se terminó de construir el edificio de la primera república. Su rasgo más persistente se encontraría luego, en la sobrevivencia de esa república letrada o de su impacto en las tramas culturales de la sociedad. En el entrecruzamiento entre juventud y saber, se forja la figura del intelectual reformista que encuentra en su propio saber una fuente de poder para interpelar al poder. Hijo dilecto de la república letrada, esta figura se proyecta hacia América Latina de la mano del reformismo universitario.

Esa república letrada o, mejor, lo que sobrevive de ella en los pliegos de nuestra cultura, y con ella la escuela, la Universidad, la juventud y los intelectuales, es lo que hoy resulta un problema.

³ Deodoro Roca, *La nueva generación Americana*, Buenos Aires, 1918; citado por Oscar Terán, *op. cit.*, p. 96.

⁴ Pablo Vrillaud, *Correspondencia*. Reproducida en: Celestino Lanteri, *op. cit.*

EL PASADO DE UN MITO

DARÍO MACOR

Texto publicado originalmente en *El Paraninfo*, periódico de la UNL. Santa Fe, octubre de 2005.

La noche del 17 de octubre de 1945, cuando Perón saluda desde el balcón de la Casa Rosada a la multitud que lo aclama, se completa un acto cuya importancia en la historia de la Argentina del siglo XX no puede disimularse. Lo que acababa de acontecer resultará decisivo en la resolución de la crisis política que jaqueaba al gobierno militar iniciado en 1943, transformándose rápidamente en el mito fundacional de una nueva fuerza política que marcará desde entonces la dirección y las modalidades del proceso político argentino.

Es difícil encontrar en el proceso histórico un nudo de condensación tan claro como el de ese día. Desde su origen el 17 tiene todos los condimentos que hacen a un mito, y las más diversas lecturas del peronismo se detendrán especialmente en esos momentos iniciales tratando de desentrañar los fragmentos constitutivos de la identidad popular que irrumpía entonces. Luego del triunfo en las elecciones de febrero de 1946 el peronismo gobernante habrá de canonizar una versión del 17, construyendo un mito fundacional capaz de generar representaciones sociales fuertemente dadoras de identidad.

En la versión peronista lo que caracteriza al 17 es la movilización espontánea de los sectores populares a la Plaza de Mayo. De esta manera, el peronismo pone en un plano invisible a los aparatos sindicales que se habían movilizadado para rescatar a Perón y mantener las conquistas logradas en los meses anteriores gracias a su gestión en la Secretaría de Trabajo. Esta operación, le permitía al peronismo emergente ocultar toda la historia del movimiento sindical y sus dirigentes anarquistas, socialistas y comunistas; y, a la vez, jerarquizar un elemento esencial a todo movimiento populista: el vínculo directo entre el líder y la masa; vínculo que no requiere de intermediarios para su concreción.

En los diez años del primer peronismo, cada 17 de octubre habrá de reiterarse la convocatoria a la Plaza de Mayo como forma de recrear el mito de los orígenes,

reforzando así el rostro plebeyo de esa identidad política peronista en construcción y el aspecto más plebiscitario de su legitimidad. Así, cada 17 de octubre Perón volvía a recrear la magia de su vínculo con el pueblo en un acto que le renovaba la legitimidad de origen. En esos diez años, la Plaza de Mayo porteña repetía escenarios festivos en distintas fechas, cada una de ellas con importante carga simbólica, pero los 17 de octubre estaban reservados a la identidad peronista. Si el 25 de mayo o el 9 de julio el peronismo invocaba a la Nación, o el 1º de mayo a la clase obrera, el 17 de octubre se invocaba a sí mismo: ese era el día peronista por excelencia, cuando el peronismo volvía a poner en escena los acontecimientos que en 1945 le habían dado su lugar en la historia.

Luego de la caída de Perón en 1955 la fecha tendría un natural cambio en el calendario simbólico peronista sin perder su sitio de privilegio. Por un lado, sin el control del Estado y con las limitaciones impuestas por la proscripción en los años posteriores al 55, la movilización del peronismo se reorientará, alejándose de la plaza y de la fastuosidad de la convocatoria masiva, para ganar radicalidad en la protesta social que acompaña toda la etapa de lo que se conoce como «la resistencia».

La masividad de los años dorados del primer peronismo y la radicalidad de los años de la resistencia habrán de coincidir por breve tiempo luego del retorno de Perón al país y al Estado en 1973, para demostrar rápidamente cuánto había de irreconciliable en esas dos tradiciones que el peronismo había incubado. La dureza del enfrentamiento de esos años inmediatos anteriores a la última dictadura militar, tal vez ayude a explicar el lugar más acotado que el 17 de octubre ocupa desde entonces.

En las dos últimas décadas, mientras el peronismo ha demostrado con creces una renovada capacidad para mantenerse como opción de poder, el 17 de octubre se ha apagado como faro identitario. Dicho de otra manera: dejando en el camino la movilización de masas que le estaba asociada como proceso de recreación del mito originario, el 17 se ha vuelto una fecha más privada, ha perdido capacidad de intimidar políticamente. El peronismo de nuestros días puede renovar sus credenciales de sujeto de poder sin necesitar de la recreación del 17 de octubre paradigmático, el que destacaba su rasgo plebeyo ejerciendo una interpelación al poder en nombre de los sectores populares.